

## REVITALIZAR NUESTRA VIDA COMUNITARIA.

Rolando Gutiérrez Zúñiga CM.

Es muy conocida la sentencia de Voltaire referente a la vida consagrada: “*Se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse*”. Si bien, el pensador francés se refiere directamente a los monjes<sup>1</sup>, la crítica de fondo alude a su percepción sobre las comunidades de varones eclesiásticos. ¿Acaso tendrá algo de razón esa máxima volteriana?

A simple vista, podríamos tener la reacción defensiva de *sacudirnos el polvo de nuestros pies* ante semejante insulto por parte de un acérrimo acusador de la Iglesia, pero también, en el contexto de una Asamblea General que nos invita a revitalizar nuestra identidad en todas sus dimensiones, podría ser muy oportuno evaluar nuestra dimensión comunitaria<sup>2</sup>, y poner sobre la mesa si, en lugar de tales imputaciones, más bien, podríamos decir que en la Congregación de la Misión se vive en realidad un ambiente donde los cohermanos nos tenemos “*sincero afecto «a manera de amigos que se quieren bien»*” (C.25).

Para hacer un sano abordaje de este tema, debemos considerar la particularidad bien advertida por el *Instrumentum Laboris* en cuanto a la vida comunitaria como un medio importante para la Congregación de la Misión, pero no un fin en sí mismo, como puede interpretarse en la teología de la vida religiosa. Más aun, es conveniente marcar con mucha claridad el papel de la comunidad en las Sociedades de Vida Apostólica y su distinción con los Institutos Religiosos:

*“Aunque se parezca a la vida común de los institutos religiosos, hay elementos diferenciadores. La misma naturaleza de su vida apostólica (movilidad, dedicación...), hace que su vida de comunidad tenga unas características particulares. En los institutos religiosos la vida fraterna es, sobre todo, “la vitalización de la comunión que funda la Iglesia y al tiempo profecía de la unidad a la que tiende como su meta final”. En una SVA, en cambio, es la misión apostólica la que exige la vida fraterna y determina su forma. En los institutos religiosos la vida fraterna en común es tanto más rigurosa cuanto menos dedicados están a las obras de apostolado; en las Sociedades de vida apostólica al revés. La vida común es un testimonio de la vida nueva, de la nueva fraternidad que se vive en la filiación divina, de la común vocación. En las SVA en cambio para subrayar más la unidad*

---

<sup>1</sup> En el original francés la frase completa dice: “*La vie monacale, quoi qu'on en dise, n'est point du tout à envier. C'est une maxime assez connue que les moines sont des gens qui s'assemblent sans se connaître, vivent sans s'aimer, et meurent sans se regretter.*” VOLTAIRE. *L'homme aux quarante écus*. Versión PDF.

<sup>2</sup> La tercera de tres dimensiones que sostienen nuestra identidad: mística (llamada “espiritualidad” por el Instrumentum Laboris), misión (con el nombre de “ministerios” en el mismo documento) y finalmente la comunidad, que caracteriza nuestro “estilo de vida”, de lo cual nos vamos a ocupar en este artículo.

*que deber reinar entre los apóstoles en cuanto partícipes de la misma misión”<sup>3</sup>.*

### **Desafíos actuales de la vida en comunidad.**

Siempre ha sido más fácil echarles la culpa a los muertos. Digamos entonces, que han sido personalidades como Descartes (1596-1650), padre del racionalismo moderno, o bien, los empiristas ingleses como John Locke (1632-1704) y Francis Bacon (1561-1626), o quizá cualquiera de los idealistas alemanes<sup>4</sup>, a quienes podríamos responsabilizar de las desgracias de una cultura llena de individualismo que crea personas incapaces de vivir el estilo comunitario de las sociedades antaño que tenían como modelo la organización campesina que tanto valoró San Vicente<sup>5</sup>.

En efecto, sabemos que con la sectorización excesiva de algunos aspectos del ser humano como objetos de estudio en los que se concentraron las ciencias humanas y más tarde, las ciencias exactas, generó un sinnúmero de antropologías parciales, defensoras todas ellas de algunos principios humanos pero incapaces de entender a la persona en su integralidad. Así se dio origen a un sentido cada vez más parcial, más individual de la persona, un sujeto que parecía cada vez más un objeto sin rostro, y que se vio favorecido por los efectos de la Revolución Industrial que comenzó en de la segunda mitad del siglo XVII y que desembocó en la cultura de consumo-descarte que el capitalismo ha logrado coronar bajo el sistema de la globalización.

Así las cosas, y aunque en muchos círculos eclesiales se ha buscado impulsar una antropología más personalista (que tiene bastantes coincidencias con la antropología cristiana), hay que reconocer que los misioneros de la Congregación de la Misión hemos aparecido en la escena del siglo XXI con grandes rasgos de individualismo, amparados muchas veces en una supuesta *novedad* que trajo el Concilio Vaticano II, en cuanto al giro que descentralizó estructuras como garantes de la fidelidad vocacional y puso en su lugar a las personas; y entonces, con tal invocación, se puede justificar las más noble iniciativa misionera, así como también la más absurda contradicción a la vocación de quien ha optado para vivir en una comunidad para la misión.

Un reflejo de esto, son de los problemas de estabilidad en un número importante de misioneros, muchos de los cuales inculpan las circunstancias comunitarias como la causante

---

<sup>3</sup> BAHILLO RUÍZ, Teodoro. *Significado de las Sociedades de la Vida Apostólica en la Iglesia*. Publicado en *Vicencianismo y Vida Consagrada. 39 Semana de Estudios Vicencianos*. Editorial CEME. Salamanca 2015. pp. 122-123.

<sup>4</sup> Immanuel Kant (1724-1804), Friedrich Schelling (1775-1854), Johann Gottlieb Fichte (1762 -1814) entre otros.

<sup>5</sup> “*Es entre ellos, entre esa pobre gente, donde se conserva la verdadera religión, la fe viva; creen sencillamente, sin hurgar; sumisión a las órdenes, paciencia en la miserias, que hay que sufrir, mientras Dios quiera, unos por las guerras, otros por trabajar todo el día bajo el ardor del sol; pobres viñadores, que nos dan su trabajo; que esperan que recemos por ellos, mientras que ellos se fatigan para alimentarnos*” (SVP. XI, 120).

de su situación. Por ejemplo, entre el 2010 y el 2016, cuarenta y tres cohermanos dejaron la Congregación y se incardinaron a una diócesis. El problema no es novedoso y se puso de manifiesto con los más de 600 sacerdotes<sup>6</sup> que dejaron los Congregación en los años inmediatos al Concilio Vaticano II.

*“En 1985, el P. McCullen, Superior General envió un cuestionario a los visitantes y a sus respectivos Consejos Provinciales. Entre las preguntas, estaba la siguiente: ¿Cuáles son las razones para dejar la Congregación de la Misión e irse a una diócesis? Las respuestas que llegaron señalaban como causa principal las dificultades de ejercer los ministerios dentro de la comunidad”<sup>7</sup>.*

Más de 35 años después, el desafío para *revitalizar la comunidad* vicentina, podríamos decir, que es, esclarecer la identidad de nuestra *comunidad para la misión* sin reduccionismos acomodaticios en nombre de supuestas actualizaciones que más bien deforman la vocación, o falsas fidelidades al fundador que parecen más bien querer embalsamar una momia. Es ir a la esencia de nuestro ser y preguntarnos por el sentido de la comunidad en una sociedad apostólica como la nuestra, entendida desde una antropología que nos humanice, como lo hace Cristo en los evangelios, y al mismo tiempo nos haga vivir el sentido auténtico de *koinonía*, como sucede en quienes decidieron seguirlo, según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles (Cf. Hch. 2, 42-47).

Por lo tanto, para profundizar el desafío de la vida comunitaria, debemos ir a la *“mente, al corazón y al estómago”<sup>8</sup>* de las personas llamadas a seguir a Jesucristo evangelizador de los pobres, porque es en la comunidad donde se ponen en evidencia las *consistencias*<sup>9</sup> vocacionales que permiten una vida plena de hombres que comunitariamente se dedica a la misión, o por el contrario, donde las *inconsistencias* generan grupos de personas frustradas, llenos trabajo talvez, pero sin vida, sin pasión, sin amor, como lo acusa Voltaire.

## **Comunidad para la Misión.**

---

<sup>6</sup> “Entre los años 1968 y 1986, dejaron la Congregación, de una manera legal, 632 sacerdotes, 42 hermanos, 205 estudiantes. De una manera ilegal 199, de los cuales 5 son hermanos”. PEREZ FLORES, Miguel. *Revestirse del Espíritu de Cristo. Expresión de la Identidad Vicenciana*. Editorial CEME. Salamanca 1996. p. 404.

<sup>7</sup> PEREZ FLORES, Miguel. *Revestirse del Espíritu de Cristo*. p. 405.

<sup>8</sup> “Cabeza, corazón y estómago son las tres facultades del alma que otros llaman inteligencia, sentimiento y voluntad. Se piensa con la cabeza, se siente con el corazón y se quiere con el estómago. ¡Esto es evidente!” UNAMUNO, Miguel. Niebla. Capítulo XXIV. Versión PDF.

<sup>9</sup> “Entre las dialécticas que parecen ser fundamentales en una antropología psico-social de la vocación, existen las que se han definido como consistencias o inconsistencias. Como veremos en seguida, están constituidas o por el acuerdo (consistencias) o por la oposición (inconsistencias) entre el yo-ideal y el yo-actual para un aspecto específico de la persona”. RULLA, Luigi M. – IMODA, Franco – RIDICK, Jocie. *Antropología de la Vocación Cristiana. 2. Confirmaciones Existenciales*. Sociedad de Educadores Atenas. Salamanca 1994. p. 26.

San Vicente supo cristalizar con genialidad el espíritu comunitario de la Pequeña Compañía en el capítulo VIII de las Reglas Comunes, donde parte de la inspiración en la comunidad de los Apóstoles para descender a una serie de recomendaciones útiles para una compañía con más de tres décadas de camino en ese momento<sup>10</sup>.

Pero desde muchos años antes, Vicente tenía en claro el valor altísimo de la comunidad como la garante, y al mismo tiempo, como la primera destinataria de la misión a la que hemos sido llamados. La comunidad, debería ser, no solamente un apoyo para la misión, sino, más bien, una imagen de la Trinidad que evangeliza por su estilo de vida:

*“Me gustaría que entre nosotros se extendiese esa santa práctica: verlo todo bien; que se diga que en la iglesia de Dios hay una compañía que hace profesión de estar muy unida, de no hablar nunca mal de los ausentes, que se diga de la Misión que es una comunidad que nunca encuentra nada que criticar en sus hermanos. La verdad es que yo estimaría esto más que todas las misiones, las predicaciones, las ocupaciones con los ordenandos y todas las demás bendiciones que Dios ha dado a la compañía, tanto más cuanto que en nosotros estaría entonces más impresa la imagen de la santísima Trinidad” (SVP. XI, 45-46)<sup>11</sup>.*

Cinco años más tarde, en una carta a Esteban Blatiron, deja ver su bellísima perspectiva de la vida comunitaria: no somos simples vecinos que viven en una misma casa y se ven obligados a compartir ciertos espacios, somos una familia que construye una gran historia misionera al compás de nuestras historias personales, donde cada quien tiene mucho que aportar al proyecto de Cristo evangelizador de los pobres y llegamos a ser complementarios en la misión:

*“¡Bondad divina, une también así los corazones de esta pequeña Compañía de la Misión, y pídele lo que quieras! La fatiga será dulce y todo trabajo resultará fácil, el fuerte aliviará al débil y el débil amará al fuerte y le obtendrá de Dios mayores fuerzas; y así, Señor, tu obra se hará a Tu gusto y para la edificación de la Iglesia, y los obreros se multiplicarán, atraídos por el olor de tanta caridad” (SVP. III, 234)<sup>12</sup>.*

Esta hermosa teología vicentina debe entenderse cuando decimos que somos *comunidad para la misión*, sobre todo cuando al inicio del V Centenario de nuestra historia nos vemos necesitados de revitalizar nuestra identidad.

---

<sup>10</sup> Aunque las Reglas Comunes son entregadas por el fundador en el año 1658, sabemos, por el descubrimiento del *Codex Sarzana* encontrado por el Padre Angelo Coppo que publicó su estudio en 1957 (*La prima stesura delle Regole e Costituzione della Congregazione della Missione*) que al menos desde 1653 la estructura primera de las Reglas Comunes en la mente de San Vicente, ya incluía el tema comunitario bajo el título: *“De mutua nostrorum conversatione”*.

<sup>11</sup> Conferencia del 27 de junio de 1642, sobre la unión entre las casas de la compañía.

<sup>12</sup> Carta a Esteban Blatiron, superior de Génova. Con fecha del 13 de diciembre de 1647.

## **Formación permanente para la vida en común.**

Amedeo Cencini identifica tres niveles que progresivamente van produciendo un itinerario de formación en la *comunidad fraterna*, a saber: *lo material, lo afectivo y lo espiritual*<sup>13</sup>. Es un movimiento ascendente en el que un grupo comienza por compartir el espacio y los recursos materiales, continúa con el compartir afectivo entre ellos, para concluir compartiendo la espiritualidad que identifica el proyecto de vida más profundo de las personas.

El día en que tomamos la decisión de ingresar una casa de formación asumimos un nuevo estilo de vida. Nuestro tiempo y espacio personal se han dejado invadir por otros sujetos que comparten un mismo ideal: seguir a Cristo evangelizador de los pobres. Este llamado nos hace ver *más allá* de la cultura materialista que propone como ideal de vida la metáfora de consumo de un centro comercial. Ese es el *más allá* que San Vicente exige como parte de las condiciones para un misionero: “*nadie usará de ninguna cosa como si fuera propia*” (RC. III, 5).

Ciertamente, la Congregación de la Misión posee un Estatuto propio sobre su voto de pobreza, con diferencias importantes respecto a posibilidades que no se tienen en la vida religiosa, sin embargo, más allá de los mínimos jurídicos que farisaicamente podríamos defender, existe una necesidad profunda de quien ha sido llamado a la misión vicentina: “*no es bueno que el hombre esté solo*” (Gn 2, 18), y el misionero no es un hombre que permanece en estado de soltería, sino que ha abrazado un maridaje con una misión que se vive en comunidad. Por eso requerimos compartir la cotidianidad en una casa común, donde se comparten las comidas, la recreación, el fruto de los trabajos, la economía, las limitaciones, y todo lo demás. Cuando nos abstenemos de este primer nivel, amparados en una y mil justificaciones, se termina por darse a sí mismo concesiones que son incompatibles con la vocación y fácilmente pueden hacer caer en un plano inclinado que nos lleva a la doblez, la mediocridad, la frustración y algunas veces hasta los dolorosos escándalos.

El segundo nivel está bien identificado por la expresión de las Vicente: “*a manera de amigos que se quieren bien*” (RC. VII, 2). En efecto, el estilo de vida comunitario de la Congregación de la Misión no solo es un medio que hace posible la misión, sino, además, en buena medida, es el sostenimiento de la vida del misionero, tan vivo en sus afectos como cualquier otro mortal, tan necesitado de dar y recibir cariño humano que, si no lleva una vida de familiaridad en su comunidad, lo hará fuera de ella. Quienes fuimos llamados a la castidad no somos hombres libres de compromiso, al contrario, le pertenecemos a Dios, y este sentido de pertenencia se manifiesta en una vida comunitaria alegre, donde se comparte el tiempo, el descanso, se celebra la vida, se sufre con los cohermanos los momentos de dolor, y realmente

---

<sup>13</sup> Cf. CENCINI, Amedeo. *La Vida Fraterna. Reto y Maravilla. La Vida Fraterna y Nueva Evangelización*. Ediciones Sígueme. Salamanca 2011. pp. 219-261.

nos llegamos querer. En la experiencia de acompañar a muchos jóvenes en su discernimiento vocacional, es muy dicente que esta sea una de las razones que con más fuerza atraen vocaciones o las alejan. En el siglo XXI nadie está dispuesto a llevar una vida de heroísmo misionero, pero pagado con el precio de la soledad en una institución fría y dividida, esa es una mentira que hoy se pone en evidencia, pero, de hecho, en ninguna época se ha conocido que el infierno fuera un atractivo para nadie.

Si el nivel material y afectivo se han asimilado de forma correcta, sin duda no se entenderá el tercer nivel como un asunto de simplemente compartir los tiempos de oración.

*“Podemos decir que en una comunidad se reza de verdad cuando en su oración cada uno pone a los demás ante Dios y cuando se deja llevar por él ante el Padre común. No es simplemente rezar juntos... sino hacer que el otro participe en nuestra relación con Dios y darse cuenta de que ineludiblemente forma parte de esta relación. No lo amo solamente porque amo a Dios, sino que lo amo porque forma parte de mi relación personal con Dios: amo al otro en Dios”<sup>14</sup>.*

En conclusión, la vocación a seguir a Jesucristo evangelizador de los pobres no puede ser leída desde individualismos que prostituyen la fuerza misionera de una compañía de hermanos con un mismo fin; pero esta realidad, la de una comunidad para la misión, será solamente un ideal si no somos capaces de construir itinerarios de formación permanente que comiencen por lo material para llevarnos a ser no simples compañeros de trabajo sino *amigos que se quieren bien*, y finalmente, hermanos de una familia que anuncia al Dios de los pobres con la predicación de su estilo de vida, caracterizado por aquellas prácticas que el *Instrumentum Laboris* ha recolectado, tomando como base los números del 19 al 27 de nuestras constituciones: *el trabajo en equipo, el servicio de la autoridad, los proyectos comunitarios, el diálogo y la comunicación, el discernimiento comunitario, el testimonio, la sobriedad de vida comunitaria, el valor de la corresponsabilidad, la corrección fraterna, la vida de oración y los espacios de intimidad comunitaria.*

Por cuatro siglos esta ha sido la vida de la Congregación de la Misión, no en vano tantos misioneros eximios son recordados con devoción en muchas partes del mundo. Tantas historias hermosas de compañeros de camino que solo conoce “*el Padre que ve en lo secreto*” (Mt 6, 6). Pero nosotros somos testigos, y por eso, “*lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos*” (1Jn, 1,3). Por eso, sin temor podemos decir: ¡Voltaire se equivocó!

---

<sup>14</sup> CENCINI, Amedeo. *La Vida Fraternal...* p. 241.